

jaba guiar mas que por consideraciones puramente militares (1).

Lo que Suwaroff habia expuesto constantemente á la consideracion del consejo de guerra de Viena se estrellaba siempre ante los fines políticos, para los cuales, en opinion de la corte, debian servir todas las operaciones de la guerra. La guerra de Italia era para el Austria una lucha por la Italia, y esto se habia visto en las negociaciones del Piemonte. Los generales austriacos se apoderaban de las plazas fuertes del país en nombre del emperador; en nombre del emperador se establecian allí gobierno y administracion provisionales; y los austriacos no dejaban penetrar en el terri-



Joubert

torio al rey de Cerdeña que, llamado por Suwaroff, habia salido de Palermo y llegado á Liorna (2).

Un feld mariscal ruso que consideraba como un deber proceder política y militarmente contra las órdenes que recibia del monarca cuyos ejércitos mandaba, no podia menos de ser alejado de Italia por Thugut, cuando pudiera hacerlo

(1) *Correspondance of W. Wickham*. Londres, 1870, II, pág. 156. En su: *Historia de la campaña de 1799* (segunda parte, pág. 94), dice el archiduque: «La corte de Viena impuso al archiduque el deber de guardar el secreto y cumplir inmediatamente las órdenes que se le habian remitido. Un general que recibe órdenes inconvenientes acerca de las operaciones cuya ejecucion se le impone, independientemente de toda participacion extranjera y obediendo tan solo á un gran plan armónico, no solo tiene el derecho sino el deber de llegar al fin siguiendo su parecer y su conviccion; pero si estas órdenes se apoyan en fundamentos políticos que él desconoce; si su ejecucion depende de varios generales y ejércitos independientes, es ley para él obedecer ciegamente, porque es menos perjudicial que todos los resortes tiendan á un plan equivocado que el que cada uno de estos se mueva con elasticidad propia. El sacrificio que hace el que, puesto en tal situacion, renuncia á sus propias convicciones, con el sentimiento de poner en juego su propia gloria, es uno de los mas grandes entre los muchos que está obligado á hacer un general en pro del bien comun.»

(2) Clausewitz, VI, pág. 95. Miliutin, II, pág. 20.

sin por eso llegar á un rompimiento con el emperador Pablo. Inglaterra tampoco deseaba que el czar Pablo, como gran maestre de los sanjuanistas, se apoderara de la isla de Malta, como parecia dispuesto á hacerlo, por medio de su escuadra. De aquí que el interés de Inglaterra, en armonía con el de Austria, sugiriese á los gabinetes de Londres y Viena la idea de alejar á los rusos, en todo lo posible, de los asuntos de Italia. En cuanto al desembarque en Holanda se atendia menos á la restauracion de los Orange que á la conquista de la escuadra holandesa, por mas que al emperador Pablo solo se le hablara de la santa causa de la restauracion y de la invasion. En estas ilusiones se habia imbuido al novelesco emperador cuando se solicitó el concurso de sus tropas en Suiza y en Holanda, y cuando se le indujo á que, para final de todo, ordenara á Suwaroff que invadiera el Franco-Condado con el objeto de reconstituir la Francia monárquica.

Como de costumbre, los ingleses fueron los únicos que hacian su negocio en esta extravagante empresa. Entre Helder, que se encuentra en la extremidad Norte de Holanda, y la isla del Texel, hay un angosto estrecho que se denomina Marsdiep. En este estrecho, no lejos de Helder, se encontraba, el día 27 de agosto, la escuadra inglesa, mandada por sir Ralph Abercrombie, con 12,000 hombres á bordo. Las tropas batavas, á las órdenes del general Daendels, procuraron impedir el desembarque, pero fueron completamente derrotadas en Alkmaar. La escuadra holandesa, mandada por el almirante Story, se encontraba al otro lado del Marsdiep, junto á la isla Texel. El día 31 de agosto, el vice-almirante inglés Mitchel intimó la rendicion á los batavos: Story rechazó la intimacion, pero las tripulaciones, que veian ondear en los buques ingleses los colores orangistas, se sublevaron, como si hubieran estado de antemano convenidas, y se entregaron á los ingleses con todas las embarcaciones. De esta suerte se apoderaron los ingleses de toda la escuadra holandesa, compuesta de diez navios de línea y doce fragatas. Los ingleses tomaron posesion de ella llenos de júbilo, pusieron en los buques marinos ingleses, y los poco antes entusiasmados holandeses, que muy cortésmente fueron desembarcados, vieron con sorpresa cómo sus «libertadores» se marchaban con la escuadra haciendo rumbo hácia los puertos de Inglaterra. El partido orangista que trabajaba en pro de los ingleses, á quienes consideraba como á sus salvadores, no volvió á saber mas de ellos, ni era necesario, porque le habian arrebatado lo único que para ellos tenia valor. La posesion de la escuadra holandesa consoló á Albion de la campaña que tan tristemente perdió, tres semanas despues, el duque de York, el derrotado tambien en 1793. Este, al frente de 28,000 ingleses y 15,000 rusos que le habian sido enviados, avanzó, en 19 de setiembre, contra el ejército del general Brune, compuesto de 7,000 franceses y 14,000 batavos, y fué completamente derrotado, despues de un ataque preliminar que los rusos intentaron contra Bergen. Los generales ingleses, despues de haber dirigido con grandes pérdidas otros dos ataques contra Alkmaar, Bacum y Castricum, declararon que la empresa era desesperada. Entonces comenzó á emprenderse la retirada entrándose en negociaciones con el general Brune y firmándose, en 18 de octubre, aquel armisticio que permitió el reembarque de las tropas aliadas. Con esto quedó muerto y enterrado el atrevido plan de una restauracion en Holanda y de una invasion en Bélgica (3).

El llamamiento de los ejércitos de Suwaroff y del archiduque Carlos cuando se encontraban enfrente del ejército de Massena, que habia sido atacado en su marcha de avance,

(3) Sybel, V, págs. 456-460.

era, bajo el punto de vista militar, un peligroso atrevimiento que nunca hubiera tenido el Austria á no estar movida por las razones políticas que nos son conocidas. Aun cuando la ejecucion hubiera correspondido exactamente al proyecto, no podia evitarse que el final fuera desastroso. Además de esto, todavia fué de mas funesta importancia el que Suwaroff tardara, sin motivos comprensibles, dos semanas en emprender su marcha por los Alpes (1); pero lo peor de todo fué que, desconociendo por completo el terreno, dió á la marcha una direccion equivocada. De la crónica que desde su cuartel general de Asti, y con fecha de 5 de setiembre, dirigió á los generales Hotze, Korsakoff y Linken (2), se desprende que los rusos mandados por Korsakoff ocupaban la orilla derecha del Limmat, entre Zurich y el Aar, que los austriacos del general Hotze se encontraban entre los lagos de Zurich y de los Cuatro-Cantones (en el Linth), y que Suwaroff por su parte queria avanzar por las dos orillas (!) del lago de Lucerna. En un convenio que despues se hizo con los generales Korsakoff y Hotze, se estipuló que Suwaroff el día 24 de setiembre ocupara el San Gotardo, que el 25 se encontrara en Altorf, y que el 26 saliese de esta aldea en direccion á Schwyz, y que el mismo día Korsakoff, en el Limmat, y Hotze, en el Linth, atacaran á los franceses. En este plan se prescindió de un detalle sobre el cual, y es bien extraño, ningun estratégico ni ningun historiador antes de Clausewitz han llamado la atencion. Para los 24,000 hombres del feld-mariscal Suwaroff no habia camino alguno desde el San Gotardo á Schwyz, porque el del San Gotardo terminaba entonces en Altorf y desde este punto á Schwyz solo podia irse por el lago de Uri, que está al Sur del de los Cuatro-Cantones, ó por veredas solo practicables para pastores y cazadores que cruzaban los valles de Schachen y de Muttten. Ahora bien, como en Asti no podia esperarse que hubiera en Fluellen una escuadra para el transporte de las tropas, ni habia que pensar en dirigir al ejército por unos senderos que despues hubieron de seguirse, como recurso desesperado, claro es que el plan de marcha estaba completamente equivocado (3).

Despues de penosas y sangrientas luchas con los franceses del esclarecido general Lecourbe, lanzóse Suwaroff por los valles del Tessino y Tremola hácia las alturas del San Gotardo; rechazó en ellas á los franceses y llegó, en la tarde del 26, por el valle del Reuss, á Altorf y Fluellen, donde observó que no podia llegar á Schwyz si no se decidia á trepar con todo su ejército por las colosales cumbres del Rosstock, cubiertas enteramente de nieve, y que en aquella época del año solo se atrevian á subir los mas audaces cazadores de gamuzas. Pero cuando comenzó aquella peligrosa marcha por las montañas, con el objeto de no llegar demasiado tarde á Schwyz, la catástrofe se habia ya consumado.

Massena, al tener noticia de que se acercaba Suwaroff, comenzó, en 25 de setiembre, el ataque general contra los rusos y los austriacos. Korsakoff, que se hallaba con el grueso de su ejército en la orilla izquierda del Limmat, habia rechazado á los agresores hasta las estribaciones de la montaña de Utli, cuando la division de Oudinot, que habia pasado el Limmat por Dietikon, hizo una conversion hácia la derecha y derrotó, en el camino de Zurich, al cuerpo ruso que mandaba el general Durassoff, á pesar de su valerosa resistencia, cortando así la única retirada que tenia Korsakoff. Este hizo una tentativa desesperada para recuperar el camino perdido, pero su ejército fué completamente aniquilado.

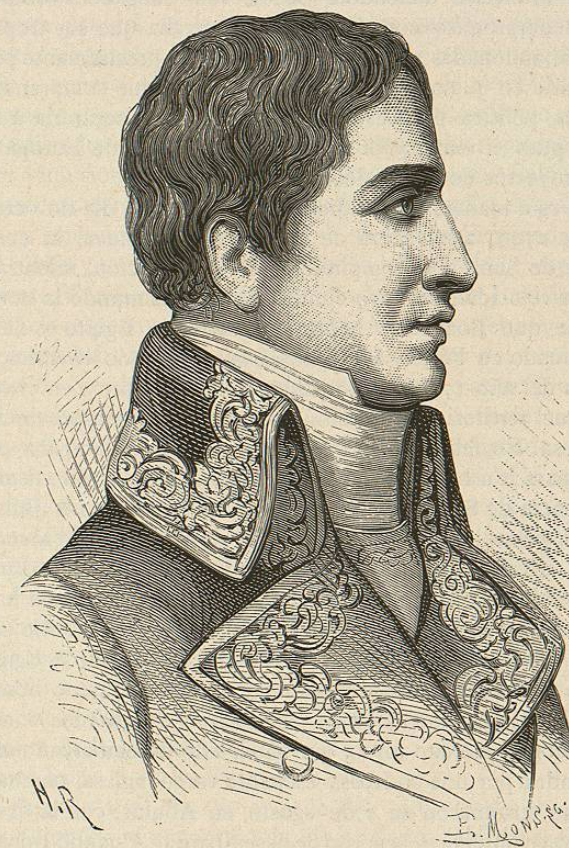
(1) Sybel, V, pág. 468.

(2) Clausewitz, VI, págs. 111-114.

(3) Clausewitz, V, pág. 117; véase Bernhardi: *Memorias del conde Toll*, I, pág. 74.

Igual suerte sufrieron los austriacos, que fueron derrotados por los franceses de la division Soult en los combates del Linth, donde tuvieron la desgracia de que apenas comenzada la accion sucumbiera el general Hotze.

Esta fué la catástrofe de que tuvo noticia Suwaroff cuando, en 28 de setiembre, llegó á Muotta. Entonces renunció á marchar hácia Schwyz, y torció á la derecha, en direccion á Glaris. Desde allí se dirigió á Graubunden, donde tuvo que sostener, en 5 de octubre, un sangriento combate contra los franceses, y el día 6 se decidió á pasar por el terrible desfiladero de Panixer. El día 11 de octubre llegó al fin, con 15,000 combatientes, pero sin cañones, sin municiones, sin



Luciano Bonaparte

bagajes y sin ganas de luchar, á Feldkirch, desde donde pudo dirigirse tranquilamente al lago de Constanza. Una vez allí, rechazó todas las amonestaciones que le dirigió el archiduque Carlos para que prosiguiera la campaña, diciendo, segun manifestó su consejo de guerra reunido en 18 de octubre, que no habia que esperar del Austria auxilio alguno, sino únicamente traiciones. El 19 de octubre manifestó al emperador que sus tropas no se encontraban en disposicion de emprender un movimiento de ataque, y el 22 escribió al archiduque diciéndole que con su precipitada retirada de Suiza lo habia echado todo á perder; que el mal no tenia ya remedio, y que para hacer descansar á sus tropas iba á retroceder diez millas para llevarlas á sus cuarteles de invierno (4).

Consumóse, pues, la separacion de las tropas aliadas, y á ella siguió inmediatamente la de los gabinetes. En un despacho de 1.º de octubre (antiguo estilo), ordenó el emperador Pablo al embajador Kolytscheff (que habia reemplazado á Rasumowsky, demasiado inclinado á los austriacos, en sentir del czar), que formulase ante el gabinete de Viena

(4) Sybel, V, págs. 476-491. Miliutin, IV, págs. 46-121.

las siguientes preguntas: «1.ª ¿Qué conquistas pensaba hacer en Italia? 2.ª ¿Cuándo le sería permitido al rey de Cerdeña regresar á Turin, y por qué el comisario austriaco allí residente designaba el Piamonte como propiedad de su soberano? En caso de que estas preguntas no fueran satisfactoriamente contestadas, el embajador ruso debía declarar que el czar rompía todas sus alianzas y relaciones con la corte de Viena, que retiraba sus tropas y que la casa de Austria quedaría abandonada á su propia suerte.» En aquel mismo día llegaron á San Petersburgo las noticias de la catástrofe de Zurich y de los apasionados cargos que contra la supuesta traición de los austriacos formulaba Suwaroff. Enfurecido el czar con tales nuevas, escribió en 11 de octubre al emperador Francisco diciéndole que se veía obligado á romper todo compromiso con él porque observaba que sus tropas eran abandonadas y entregadas al enemigo precisamente por el aliado en quien mas había confiado, y porque comprendía que la política de Austria era enteramente contraria á la suya, pues el emperador sacrificaba el interés de Europa á sus proyectos de engrandecimiento (1).

De esta manera se decidieron en un mismo día de octubre de 1799, la salvación de la República bávara, la conquista de Suiza y el rompimiento de la coalición, mientras con la velocidad del rayo cundía por todo el mundo la noticia de que Bonaparte había regresado de Egipto y desembarcado en Frejus. Bonaparte había empleado los últimos meses del año 1798 en conquistar todo el Egipto y en crear en aquel territorio una administración cual si fuera provincia francesa. En febrero de 1799 emprendió una campaña en Siria para ir á buscar al anciano Dyezzar-bajá en su misma residencia de San Juan de Acre. Tomó por asalto á Jaffa, sitió é incendió á San Juan de Acre, donde encontró invencibles adversarios en los artilleros con que el comodoro inglés, sir Sidney-Smith, auxilió á los turcos; y después de haberse frustrado varias tentativas de asalto levantó el sitio en 20 de mayo, emprendiendo la retirada y regresando á Egipto, no sin haber perdido en aquella expedición 4,000 hombres. En Egipto tuvo que sostener varios sangrientos combates con el ejército turco, que había sido desembarcado en Alejandría por una poderosa escuadra turco-inglesa, combates que terminaron en 2 de agosto, en Abukir, con la destrucción completa del cuerpo de desembarque. Cuando Bonaparte, estando en negociaciones con Sidney-Smith, se enteró por los periódicos, que contenían noticias de mayo y de junio, del estado de cosas de Europa, tomó la resolución de abandonar el ejército y de dirigirse á Francia. «Dejaré, decía á Marmont (2), al ejército en buenas manos: lo dejo en buen estado y después de haber conseguido una victoria que hace esperar no se verá en mucho tiempo atacado. En Francia se sabrá al mismo tiempo la destrucción del ejército turco en Abukir y mi llegada. Mi presencia entusiasmará los ánimos y devolverá al ejército la confianza y á los ciudadanos la esperanza en un porvenir mejor.»

El día 22 de agosto, después de dejar el mando del ejército al general Kleber, Bonaparte, acompañado de unos pocos, hizo secretamente á la vela, y el día 9 de octubre, después de un viaje felicísimo, desembarcó en Frejus, donde su aparición produjo inmediatamente inmenso júbilo, que fué cundiendo de legua en legua y de ciudad en ciudad, como si hubiera descendido del cielo un ángel para redimir á un pueblo desesperado de una desgracia insuperable. Para comprender este recibimiento es preciso conocer la miserable situación en que el Directorio había entrado á desempe-

(1) Martens, II, págs. 370-371.
(2) *Mém. de Marmont*, II, pág. 33.

ñar sus funciones, y que se había ido empeorando cada vez mas por culpa de aquel gobierno.

En una memoria secreta que el ministro de Policía redactó en 19 de setiembre de 1799 (3), se hace la siguiente descripción del estado de Francia: De los 86 departamentos de la Francia propiamente dicha, 45 estaban en plena anarquía ó en abierta guerra civil. Cuadrillas de bandidos invadían las cárceles, asesinaban á los gendarmes y ponían á los presos en libertad; los recaudadores de contribuciones eran robados, asesinados ó mutilados; los empleados municipales eran ahorcados; los bienes comunales devastados; los correos detenidos. Cuadrillas de 200, 300 y 800 hombres recorrían el país en todas direcciones. Los reclutas se amotinaban y resistían armados las órdenes de las autoridades reclutadoras. «En todas partes, la gente negaba su obediencia á las leyes, unos para dar rienda á sus pasiones, otros para seguir sus convicciones. Los unos aprovechaban los momentos favorables para robar á los viajeros, los otros para repicar las campanas, tanto tiempo calladas, ó para restablecer en los devastados cementerios los distintivos del catolicismo.»

La causa de este deplorable estado de cosas no estaba en que el gobierno tuviera atadas las manos por las leyes, como las había atado la Constitución de 1791. Por el contrario: los poderes absolutos que las tiránicas leyes de 1797, 1798 y 1799 habían conferido al Directorio eran extraordinarios. Los nobles, los sacerdotes y los periodistas se encontraban enfrente de él desposeídos de todo derecho: lo que el Directorio no podía hacer por la ley de 19 fructidor (5 de setiembre) (4), podía por la famosa ley de rehenes de 12 de julio de 1799 (5), y cuando estas armas no bastaban, podía echarse mano de la ley de préstamos forzosos y progresivos (6), que sometía á su capricho á todas las personas ricas. Tampoco estaba la causa del mal en la violencia de las pasiones políticas, pues la prensa estaba amordazada, la actividad de los partidos muerta, y del exaltado idealismo de otros tiempos solo quedaba un cierto número de frases que no producían ya impresion alguna. La opinión pública estaba reflejada en una inscripción puesta en la estatua de la libertad que decía: «Nuestro gobierno se parece á un funeral: no hay gloria, no hay credo, una misa muy larga, y al final nada de bendición (7).»

El origen del desgobierno en que se encontraba la Francia estaba en que ni los departamentos, ni los distritos, ni los municipios tenían un cuerpo administrativo centralizado, como el que hubo desde el régimen de Napoleón, y en que ni el Directorio ni los Cuerpos legisladores tenían talento ni fuerza para romper con la administración anárquica de los funcionarios del pueblo é implantar la administración monárquica de los funcionarios del Estado. El júbilo con que fué acogido Bonaparte durante todo el viaje desde Frejus á París fué el grito de la nación que clamaba por un poder público y la expresión de la creencia de que el general lo establecería. Era tal como Bonaparte escribía después: La nación esperaba con ansia, desde hacia mucho tiempo, su genio tutelar. «Este espíritu tutelar lo posee siempre un gran pueblo, pero alguna vez vacila en presentarse. No basta que esté allí; es preciso que se le conozca y que se conozca él mismo. Hasta entonces, todas las tentativas habían sido inútiles, todos los impulsos habían carecido de fuerza: la indolencia de la gran masa protegía al gobierno existente, y á pesar de la incapacidad y de las debilidades de este, eran inútiles cuantos esfuer-

(3) Tocqueville: *Œuvres complètes*, V, págs. 265-266.
(4) Helie: *Constitutions de la France*, pág. 528.
(5) Helie: *Const. de la France*, pág. 553.
(6) Helie: *Const. de la France*, pág. 551.
(7) Tocqueville, obra citada, V, pág. 273.

zos hacían sus enemigos. Pero cuando el salvador tan impacientemente esperado dió de repente muestras de vida, el instinto nacional le adivinó y le aclamó, los obstáculos le fueron allanados y todo un pueblo voló á su encuentro como queriendo decir: ¡Aquí está (1)!»

La muchedumbre que rodeó al general, á su llegada á París, y las aclamaciones que se le prodigaron le demostraron efectivamente que todos los que tenían alguna idea política esperaban un golpe de Estado, y que siendo él la única persona que no buscaba el poder, porque ya lo tenía, le sería imposible resistirse á darlo, aun cuando tal hubiera sido su intención. Ante aquel grupo de hombres gastados é infamados, presentóse Bonaparte con el paso seguro que da la fuerza y con la convicción del hombre que se encuentra muy por encima de la turba de pretendientes é intrigantes por lo mismo que lo que posee no lo ha obtenido por artificio sino que lo ha conquistado honradamente en noble lucha.

De los directores, Barras no merecía la pena de que se cuidaran de él, porque era un objeto de asco para todos y había acabado por serlo para sí mismo. Los directores Gohier y Moulins eran hombres tan insignificantes, que tambien podían ser considerados como si no existieran. Otra cosa acontecía respecto de los directores Sieyes y Roger-Ducos, de los cuales el primero pasaba por ser un talento político de primer orden, y los cuales siempre procedían de acuerdo y por lo mismo contaban con la mayoría del consejo de los Ancianos y con gran partido en el consejo de los Quinientos. El día 30 de octubre visitó Bonaparte al director Sieyes y le dijo que hacia quince días habían ido á verle todos los partidos para saber si estaba decidido á ir con Sieyes y con la mayoría del consejo de los Ancianos, y que iba á visitarle para darle sobre este punto toda clase de seguridades. Entonces se convino en poner manos á la obra del 15 al 20 brumario (2).

En virtud de la Constitución del año III, el consejo de los Ancianos tenía un derecho importantísimo, del cual no había hecho uso hasta entonces, á saber: el de trasladar el lugar en que celebraban sus sesiones los Cuerpos legislativos. Los artículos 102 á 104 (3) decían textualmente: «El consejo de los Ancianos puede variar el lugar de las sesiones del Cuerpo legislativo. En este caso, designará un nuevo sitio y el plazo dentro del cual habrán de trasladarse á él los dos consejos. Desde el día en que tal acuerdo se tome, ninguno de los dos consejos podrá reunirse en el punto en que hasta entonces se hubiere reunido. Los individuos que quieran seguir ejerciendo en él sus funciones serán reos de atentado contra la seguridad de la República, y del mismo delito se harán culpables los directores que vacilen ó se nieguen á firmar, promulgar ó expedir el decreto de traslación.»

Estos artículos de la Constitución forjaron la cuerda con que había de ser estrangulada la República.

En la tarde del 17 brumario (8 de noviembre) celebráronse las últimas entrevistas y se ajustaron los últimos conciertos, y en la madrugada del 18 se realizó puntualmente el plan proyectado.

A las ocho de la mañana se reunió en sesión el consejo de los Ancianos, y para proteger á los Cuerpos legisladores contra una supuesta conspiración, acordó, primero, trasladar sus sesiones á Saint-Cloud, y segundo, conferir al general Bonaparte, para que aquel acuerdo pudiera llevarse á efecto, el mando supremo de todas las tropas de la 17.ª división militar, y especialmente de la guardia del Cuerpo legislativo y de la guardia nacional permanente.

(1) *Corresp.*, XXX, pág. 303.
(2) *18 brumaire*, en la *Corresp. de Napoleón*, XXX, pág. 311.
(3) Helie, pág. 446.

Bonaparte esperaba que se le comunicara este acuerdo en su casa, calle de la Victoria, rodeado de un brillante estado mayor de generales y oficiales de la guarnición y de ayudantes de la guardia nacional (4), y protegido por tres regimientos de caballería. Al ser leídos los acuerdos, los oficiales des-envainaron sus espadas y juraron fidelidad y cooperación. Napoleón montó á caballo y toda la masa de jinetes púsose en marcha hacia las Tullerías; el general y su séquito hicieron una visita al consejo de los Ancianos, declarando Bonaparte que cumpliría fielmente la misión que le había sido confiada: «Para lo que sucede no hay que buscar ejemplos en el pasado. Nada en la historia se parece al final del siglo XVIII y nada de este final de siglo se parece al momento presente.» Inmediatamente, pasó delante de las Tullerías revista general de las tropas y de los guardias nacionales; confió al general Lannes la guardia del Cuerpo legislativo; dió al general Murat el mando supremo de Saint-Cloud, y encargó al general Moreau la custodia del Luxemburgo, donde residían los directores. Estos, incluso Gohier, presentaron sus dimisiones, no sin que respecto de Barras hubiera de ejercerse cierta presión por parte de Talleyrand. Los paisanos y los soldados de toda la ciudad se sentían dominados por el júbilo y por el entusiasmo; todos los ministros, especialmente Cambaceres y Fouché, que lo eran de Justicia y de Policía respectivamente, ofrecieron sus homenajes al general; y este estaba tan bien dispuesto y tan seguro del éxito, que cuando Sieyes le aconsejó que, antes de que se inauguraran las sesiones en Saint-Cloud, prendiese á los cuarenta principales oradores de la oposición, contestó indignado: «Esta mañana he jurado amparar á los representantes de la nación; no quiero quebrantar esta tarde mi juramento; á enemigos tan débiles no les temo (5).» No sospechaba la tempestad que sobre él iba á desencadenarse.

En un golpe de Estado, los que en él no están iniciados son siempre sorprendidos por los que lo están. En este caso, por muy felizmente que se lleve á cabo, lo único que no puede soportar el golpe de Estado mas afortunado es una discusión parlamentaria en que los sorprendidos usen libremente de la palabra. Esto fué lo que no comprendió Bonaparte hasta el 19 brumario en Saint-Cloud.

Cuando á las dos de la tarde del 19 brumario se reunió en Saint-Cloud el consejo de los Ancianos (6), tomaron uno después de otro la palabra tres individuos que, por casualidad, el día anterior no habían recibido invitación para la sesión extraordinaria y que deseaban se les dieran explicaciones acerca del peligro que amenazaba á la patria y de la conspiración con que se había justificado el golpe de Estado. Estas explicaciones nadie las dió, porque nadie podía darlas: ni el mismo Bonaparte las dió cuando se presentó en la Asamblea. Del discurso que allí pronunció solo causó impresion un párrafo, en el cual estuvo realmente elocuente porque no dijo mas que la verdad y sabía que nadie podía contradecirla. Cuando dijo que el acto por él realizado significaba la salvación de la República, que por carecer de gobierno se encontraba sobre un volcan, un individuo llamado Linglet se levantó y dijo en voz alta: «General, estamos de acuerdo con vuestras palabras. Jurad, pues, obedecer la Constitución del año III, única que puede sostener incólume la República.»

Ante estas palabras, todos quedaron desconcertados y sumidos en un profundo silencio. Napoleón, después de haber reflexionado un rato, dijo: «¡La constitución del año III! ¡Si ya no la tenéis! ¡si la habeis roto en 18 fructidor, cuan-

(4) Véase mas arriba.
(5) *Corresp.*, XXX, pág. 317.
(6) *Hist. parl.*, XXXVIII, pág. 182.